

apoderarse de Rosas al situarse a sí mismo como su "traductor" o intérprete. Como dice Schwartzman, "[s]i, como admite [Sarmiento] dolorosamente, Rosas construye su poder a partir de su saber sobre la sociedad sudamericana, el saber de Sarmiento sobre Rosas podría permitirle acumular fuerzas hacia un futuro poder y, desde ya, producir una versión de lo europeo más original que la ensayada por los unitarios" (38). De esta manera Schwartzman descarta la interpretación demasiado común de *Facundo* como pura denuncia del caudillo y de la retórica ganadera del rosismo para caracterizar a Sarmiento como un tipo de rastreador-letrado.

Como todo libro de ensayos, provoca las siguientes preguntas: más allá de su interés en los detalles, ¿por qué estos artículos? y ¿cómo se relacionan? Su organización (en orden cronológico según su fecha de publicación o presentación original) no nos da una respuesta satisfactoria. Como he señalado arriba, se puede destacar temas compartidos por los artículos sobre el siglo XIX (época de especial interés para Schwartzman que, con Cristina Iglesia, publicó *Cautivas y misioneros: mitos blancos de la conquista*, en 1987) pero no por los del siglo XX. Al no descifrar una coherencia temática, es fácil menospreciarlos a favor de los del siglo XIX a pesar del extremo valor de algunos como el elegantísimo análisis "Victoria Ocampo: una ínsula para Fani". Este artículo lee a Ocampo por medio de dos detalles fascinantes: 1) su inclusión de un obituario para su criada Fani entre sus recuerdos de importantes intelectuales ya muertos en su libro *Testimonios* y 2) su disgusto por la pieza *Las criadas* de Jean Genet —publicada en traducción en *Sur* y repudiada por Ocampo dos meses después. Al resaltar la dialéctica ama-esclava revelada por estos detalles, Schwartzman explica la maestría y la virtuosidad intelectual de Ocampo como un intento de hacer patente un control que teme no tener.

De hecho, lo que une todos los artículos del libro de Schwartzman es su interés en la intertextualidad, la lectura y la reescritura —es decir, en cómo cada texto se apropia o juega con otros textos. Sugiere Schwartzman en su introducción que el riesgo de trabajar sobre el detalle es que puede crearse "la alucinación de la autonomía" de la literatura y del discurso que la indaga" aunque espera que los vínculos entre texto y contexto "se recuper[e]n en otro nivel, en otro lugar o en otra circunstancia" (12). Entiende muy bien las limitaciones de su método, pero tal vez subestima la provocación que ofrece a las vigentes prácticas críticas que favorecen la exploración de cómo los textos se articulan con dinámicas sociales más generales. Sin caer en el culto hermético de la erudición solipsista que se utiliza más que nada para mostrar la grandeza del propio crítico, Schwartzman rescata la utilidad de la lectura cuidadosa al iluminar la complejidad (muchas veces borradas por la lectura ideológica) de los textos.

A fin de cuentas, su libro presenta una visión bastante balanceada. Más aún, por su prosa tan juguetona que evade el lenguaje seco de artículos académicos, Schwartzman nos ofrece un texto encantador. Un placer de leer.

Laura Podalski
Ohio State University

Karl Kohut (editor). *La invención del pasado. La novela histórica en el marco de la posmodernidad*. Frankfurt: Vervuert, 1997.

Éste es un libro que nos trae algo del mejor trabajo académico hispanista en Europa y Latinoamérica acerca de la nueva novela histórica, quizá la revelación más importante de la literatura latinoamericana desde los años del boom. La propuesta que organiza el libro es la conexión que estaba latente desde la

aparición de la novela histórica: su íntimo lazo con la posmodernidad.

Cuando la nueva novela histórica fue definida por Fernando Ainsa en 1991, en un artículo que hoy tiene una importancia similar al que Angel Flores escribiera en 1955 para definir al realismo mágico, lo posmoderno era ya una tendencia dominante en el panorama intelectual de América Latina, pero Ainsa no trató el tema y este libro llena el vacío.

El libro ofrece un conjunto de aproximaciones divididas en 2 partes (Posmodernidad e historia y Novela e historia). La primera parte se abre con un artículo/manifiesto de Alvaro Pineda Botero acerca del “escritor en el mundo de hoy”. Pineda Botero habla de un lector posmoderno cuya “nueva lectura” es comparable con la “navegación” en las páginas de Internet. Para atraer a este lector, Pineda llama a los escritores para que regresen a la mitología (definida en contra de la cultura y la historia ‘modernas’). “Y con este regreso, invitamos al lector a que deje de ser el receptor pasivo de aquellos discursos mentirosos y prepotentes de la modernidad. El lector se convertirá en agente de otras alternativas posibles, capaz de navegar, también él, por sí mismo, por fuera de los marcos preconcebidos de los dogmatismos de antaño” (33). Quizá esta es la más positiva lectura de la posmodernidad de cuantas están presentes en este libro.

Paradójicamente, las palabras de Pineda Botero son confirmadas por los artículos que critican el concepto de posmodernidad en general o su problemática aplicación a la realidad latinoamericana en particular, como lo hace Francisco Prieto en “Utopía y paraísos perdidos: la violencia grotesca de la posmodernidad”. Ante la prosa de Prieto, el lector no reacciona con la misma actitud que hubiese tenido hace unos treinta o veinte años. Es que la diferencia que proclamaba la revolución ha sido fagocitada por la nueva economía (o el orden pos-industrial), una de cuyas características es la búsqueda de “nichos” económicos, y por ende la crea-

ción casi forzada de una diversidad constantemente renovada, pero a la vez profundamente comercializada.

Los capítulos sobre las mujeres son el ejemplo más relevante de esta nueva distribución y creación de grupos sociales. Las mujeres fueron la primera “diferencia” y como grupo ocupan todavía un lugar importante en la cultura y el mercado, pero experimentan las subdivisiones producidas por esta nueva configuración histórica y cultural que llamamos posmodernidad. La insurgencia de los nuevos “actores” sociales, se diría, está limitada desde su inicio. Ninguno de estos grupos, bajo ninguna circunstancia, propone un proyecto general para toda la sociedad. Cada uno de ellos habla desde su propia parcialidad y reconociendo sus contradicciones y limitaciones propias. Las mujeres son por ello el ejemplo paradigmático, pues articulan todas las contradicciones (clase, raza, etnicidad, etc.)

Se podría decir la aparición pública de nuevos actores sociales cuyo poder era prácticamente inexistente hace dos o tres decenios se traduce en la inestabilidad del narrador en casi toda la producción posmoderna en América Latina. Los ejemplos que Susana Reisz brinda en su artículo acerca de una función aural/ narrativa casi atomizada son magníficos. Nada parece seguro signo de sí mismo en este nuevo ambiente cultural.

Este libro ofrece también una serie de ensayos enfocados en el problema de autores y lectores. J. Eduardo Jaramillo-Zuloaga recupera el lado complementario de la problematización del autor/narrador. El lector también deviene un problema. Si la modernidad quería constituirlo de manera unívoca (quería “interpelarlo” diría un politólogo ‘moderno’) la posmodernidad recupera aquellos movimientos literarios que querían hacer del lector algo así como un cómplice, que le reconocían una autonomía básica. Como lo diré al final, esto se debe en cierta medida a que la composición del mercado literario en América Latina ha cambiado.

La segunda parte de este libro comienza con un artículo de Fernando Ainsa, "Inventación literaria y 'reconstrucción histórica' en la nueva narrativa latinoamericana". Ainsa, el primer crítico que confirió un estatus a la nueva novela histórica latinoamericana, al describir sus rasgos básicos y sus exponentes más caracterizados, recupera y amplía sus ideas. Ainsa estudia las relaciones entre literatura e historia hasta llegar a "la novela histórica propiamente dicha, cuyo propósito explícito ha sido el de configurar nacionalidades emergentes" (113). Debido a este impulso configurador, en la novela histórica "se vertebran con mayor eficacia los grandes principios identitarios americanos o se coagulan mejor las denuncias sobre las 'versiones oficiales' de la historiografía" (113). Ainsa nos recuerda que esta "vocalización subversiva de la ficción en relación a la historia oficial" adquiere múltiples encarnaciones. Lo que distingue historia de ficción para Ainsa es la intención, un pacto con la verdad en el caso de la historia, y un pacto de verosimilitud en el caso de la ficción. Después de verificar el poderoso "efecto de realidad" o mimesis de toda ficción, Ainsa propone distinguir dos intenciones en la nueva novela histórica: la "intención introspectiva", uno de cuyos ejemplos sería *Conversación en la catedral* y la "intención testimonial", cuyo ejemplo estaría constituido por la obra de Alejo Carpentier y tendería a leer como novelas las primeras crónicas de los descubridores y conquistadores.

Por su parte, Marco Aurelio Larios nos recuerda que fue la idea de *Volksgeist* (espíritu de cada pueblo), de Herder, la que resumía tanto la novela como la historia modernas. Pero esta íntima unión deviene invisible cuando la historia accede al rango de saber científico. Para contrarrestar esta nueva situación, Larios reelabora la distinción propuesta por Lyotard entre saberes científicos y saberes narrativos. Larios afirma que el saber narrativo "aunque procede de una competencia no especia-

lizada (carente del lenguaje exclusivo de la ciencia, sedimentado en el bagaje de la tradición, del folklore y de las mitologías populares), es rescatado y equiparado con la cualidad científica por el escritor, artista y profesional de la palabra, que lo reelabora con múltiples competencias lingüísticas de orden exclusivo. En este sentido, el saber narrativo ya no tiene nada que ver con la mentalidad precientífica con el que lo asocia Lyotard" (130, nota 2). Larios entonces amplía la ya clásica caracterización propuesta por Fernando Ainsa. Lo que caracterizaría la nueva novela histórica (posmoderna), además del abandono de los "perfiles marmóreos de los héroes... los juicios implacables sobre los antihéroes... la condena feroz de los conquistadores" (134) sería una actitud posmoderna de incredulidad.

Ingrid Galster, en "El conquistador Lope de Aguirre en la nueva novela histórica", trata de verificar en los textos el modelo general esbozado por Fernando Ainsa en 1991. Lo que ella descubre es que, en ciertas novelas, el cuestionamiento de la historia oficial no se traduce en una aproximación al "acontecimiento real" o al "individuo auténtico". Galster también hace notar la ausencia de reconocimiento entre la nueva generación de historiadores latinoamericanos y españoles cuyo trabajo desmitifica la historia oficial y los autores de la nueva novela histórica.

En su interesante contribución, Michael Roessner vincula dialécticamente Europa y Latinoamérica y propone una inversión de los términos de la relación. Roessner dice que "el nuevo interés por la novela histórica tiene todavía que ver con la búsqueda de la identidad continental, que representa un nuevo grado en la emancipación de la intelectualidad latinoamericana, porque en ella se expresa una nueva relación del latinoamericano para con el europeo". Roessner demuestra el proceso con el ejemplo, entre otros, de *Noticias del imperio del mexicano* Fernando del Paso que "lleva la descolonización a su último extremo, casi paradójico: la

'colonización intelectual' de los antiguos colonizadores" (170). Aquí Roessner cita uno de sus previos trabajos, publicado en 1991, donde acuñó el término "real maravilloso europeo" para expresar la nueva mirada que Latinoamérica proyecta sobre Europa: "ahora son los latinoamericanos quienes en la novela histórica contemplan a una Europa romántico-mágica y exótica a la vez" (171). Este movimiento deconstruye la historia europea y como Roessner sugiere, efectivamente dinamiza un discurso de "identidad continental" similar al europeo.

La invención del pasado contiene una gran variedad de contribuciones. Algunos de los artículos de esta colección son análisis de obras específicas, otros, como el de Mempo Giardinelli proponen lecturas de la novela histórica desde una memoria colectiva.

Para un lector que vive en Estados Unidos tanto la introducción como los artículos adolecen de omisiones casi imperdonables. La introducción, por ejemplo, que recorre una impresionante bibliografía acerca de la posmodernidad tanto en Estados Unidos como en Latinoamérica olvida uno de los textos más populares en universidades norteamericanas, La isla que se repite. El Caribe y lo posmoderno del cubano Antonio Benítez-Rojo. No hay tampoco un sólo contribuyente –incluso aquellos que discuten la relación entre historia y novela– que mencione los textos fundamentales de Hayden White o Foundational Fictions de Doris Sommer.

Pero cualquier lector disfrutará con el uso de los clásicos greco-latinos, de las teorías de Herder y las teorías alemanas sobre el clasicismo y el romanticismo. Además, el libro está escrito y editado en castellano, algo que es una rareza en Estados Unidos, donde libros como La verdadera historia del realismo mágico de Seymour Menton son una extraordinaria excepción.

Otra de las ventajas de este texto es la ausencia de la densa bruma del discurso acerca de "race/ethnicity"

que ciega a muchos académicos en Estados Unidos, reduciendo la lectura de la producción literaria latinoamericana a la búsqueda de "ethnic markers", como el realismo mágico y el antropologismo testimonial, que representarían la esencia de lo "ethnic" en Latinoamérica.

La invención del pasado contiene una valiosa introducción que guía al lector a través de la inmensa literatura acerca de la posmodernidad en Europa, Estados Unidos y América Latina y desemboca en el asunto del libro. Karl Kohut empieza remarcando que ni la posmodernidad ni la modernidad han sido completamente definidas. Kohut señala, sin embargo, que el concepto de heterogeneidad es compartido por todas las aproximaciones a la posmodernidad.

La introducción enfrenta la aparente divergencia entre una literatura posmoderna producida en una región que no acaba de ser moderna (industrializada). Kohut ofrece dos interesantes explicaciones. Ciertos escritores (Borges, Cortázar) serían posmodernos avant la lettre. Es decir los rasgos posmodernos de sus obras son descubiertos una vez que tenemos el concepto de posmoderno. Otros escritores, aquellos de la "nueva sencillez" serían posmodernos porque su estilo "puede considerarse como consecuencia lógica de la extrema sofisticación" (18).

Cuando llega a la literatura posmoderna latinoamericana, Kohut presenta las alternativas que la crítica todavía no resuelve: "son posmodernos (1) los autores del boom, (2) los autores del pos-boom, (3) los autores tanto del boom como del pos-boom" (18). Kohut coincide en general con la crítica latinoamericana que identifica como posmodernos a los autores que siguen al boom. Sin embargo, la posibilidad de que escritores del boom sean también posmodernos queda abierta.

Este es un texto interesante por la gran variedad de artículos y perspectivas. Es también útil la organización de los artículos. Pero precisamente porque la posmodernidad se extiende sobre todos los discursos, es

llamativo el hecho de que ni la introducción ni los artículos se detengan a considerar el lado económico y social de la nueva producción cultural en la edad posmoderna latinoamericana.

En América Latina, el boom fue consumido por las clases que pusieron en marcha un proyecto político y económico de industrialización y modernización aceleradas. Esta elite estaba vinculada a las tradicionales oligarquías latinoamericanas, fascinadas con lo Europeo en general y lo francés en particular. En cambio, la nueva novela histórica y en general la literatura posmoderna que se produce actualmente en América Latina parece estar ligada a la emergencia de una clase social nueva. Esta clase, que nació al amparo del último ciclo de las dictaduras, tiene diversos nombres de acuerdo a cada país. En Sur América es la llamada tecnocracia. Los tecnócratas (Chicago boys, Harvard boys, etc.) aparecieron para asesorar las políticas económicas de algunas dictaduras y se definieron en general como apolíticos. Es por ello que siguieron disfrutando de un considerable poder en los gobiernos democráticos (y en el México de Salinas de Gortari), donde definieron las "nuevas reglas del juego" eminentemente técnicas, impuestas en casi todos los países de América del Sur y México (con la excepción notable de Ecuador y Venezuela). El conjunto de nuevas reglas económicas se llama neoliberalismo; el conjunto de nuevas reglas políticas es una democracia en la que están ausentes las propuestas de cambio económico (dominio técnico, no político); el conjunto de nuevas reglas culturales está caracterizado por una alabanza acrítica de la diversidad posmoderna.

El proyecto político más ambicioso de esta nueva clase es la descentralización y reducción del Estado. Lo cual es positivo en tanto y en cuanto devuelva a los ciudadanos un sentido de control económico de sus impuestos. Es un proyecto posmoderno porque el Estado fue el motor de la fallida modernización e industrialización latinoamericana.

Los tecnócratas tienen en común una educación en Estados Unidos (opuesta a la formación europea de las elites tradicionales), un sentido pragmático frente a desafíos políticos y culturales y una marcada aversión por las complejidades técnicas del boom y las vanguardias artísticas en general. Este gusto alimenta un nuevo tipo de producción estética, que puede ser también consumida por masas menos educadas, debido a una aparente "sencillez".

El hecho de que esta nueva clase coexista con la antigua oligarquía y los ex dictadores enriquecidos brinda el contexto social de la problemática situación del narrador en casi todos los textos posmodernos latinoamericanos. En efecto, si el narrador es por antonomasia el agente del poder dentro del relato, su inestabilidad refleja una situación social en la cual es difícil identificar quién detenta el poder en las nuevas democracias latinoamericanas, donde los militares aún controlan ciertos resortes claves, los tecnócratas gozan de un margen de maniobra conferido por su pericia técnica y los antiguos oligarcas están allí, como siempre, digitando en la sombra los cambios que les convienen.

Luis Rojas-Velarde
U. of Oregon, Eugene

Patricia Rosas Lopátegui. *Yo sólo soy memoria. Biografía visual de Elena Garro*. Ediciones Castillo, Monterrey, N.L., 1era. Edición, 2000, 130 pp.

Entre los escritores mexicanos desatendidos por la crítica, como Juan de la Cabada, Guadalupe Dueñas, Ramón Rubín, Nellie Campobello y otros, que por oscuros designios permanecen en el olvido e injustamente desprovistos de laureles, se encontraba, hasta hace al menos diez años, Elena Garro. Resucitada más por el escándalo que por sus hallazgos literarios, la obra de Garro se mueve hoy por los estantes de las librerías del país, perseguida por los